

neral de la Iglesia, la utilidad de las oraciones, de los sacrificios y de las limosnas para el alivio de los muertos; pero observando que no aprovechaban estos auxilios sino á los que han vivido de modo que puedan sacar algunas ventajas en la otra vida, es decir, á aquellos que no han muerto en estado de condenacion. Pero como nosotros no podemos, dice, formar este juicio, es necesario ofrecerlos por todos los fieles; porque mas vale que sean inútiles para los que no pueden aprovecharse de ellas, que si faltasen á los que pueden recibir alivio.

En varias de estas últimas obras se apoya San Agustín en la autoridad de San Gerónimo, de quien hace los mayores elogios. Por su parte el santo sacerdote le habia escrito anteriormente felicitándole por sus gloriosas tareas en defensa de la gracia contra los pelagianos. Esta carta dirigida á San Agustín y á su amigo Alipio, contenia afectuosas memorias de parte de Albino, de Piniano y de Santa Melania la jóven, que se habian retirado á Palestina donde se ejercitaban en la práctica de toda clase de buenas obras. Tambien anunciaba la muerte de Santa Eustoquio, que hacia mucho gobernaba un monasterio de cincuenta vírgenes en Betlehem. La Iglesia honra su memoria el 28 de Setiembre, que probablemente seria el de su muerte, ocurrida en el año 419.

San Gerónimo murió tambien el 30 de Setiembre del siguiente año, á la edad de cerca de 90. Sus eminentes virtudes, su erudicion y sus innumerables escritos le adquirieron tanta gloria y celebridad, que acaso no haya un doctor de mas nombradía en la Iglesia. Combatió con energía todas las heregias que se levantaron en su tiempo, y fué sobre todo admirado por la importancia y utilidad de sus obras sobre la Santa Escritura. La version de que se servia la Iglesia latina, y era conocida con el nombre de Vulgata, porque se usaba en todo el Occidente, y con el nombre de itálica, porque probablemente se habia hecho en Roma, no era mas que una traduccion de los Setenta, y la multitud de ejemplares habia dado lugar á muchos yerros debidos al descuido de los copiantes. San Gerónimo emprendió primero rehacer ó corregir esta version, no por la edicion comun de los Setenta, que tambien estaba llena de errores, sino por la que se hallaba en los Hexaplos de Orígenes, y era usada en las Iglesias de Palestina. Hizo este trabajo durante su primera mansion en el Oriente. Por aquel propio tiempo corrigió la version latina del nuevo Testamento segun el texto griego, y esta correccion emprendida por consejo del Papa Dámaso, se admitió inmediatamente en la Iglesia romana, y á poco tiempo en todas las del Occidente. En seguida juzgó á propósito hacer nueva traduccion del antiguo Testamento, no por los Setenta, sino por el texto hebreo. Para ello se puso á estudiar este idioma con los mejores maestros, á fin de profundizarle perfectamente; y habiéndose proporcionado las mejores ediciones del texto y de las diversas versio-



ST. GERONIMO AUTOR DE LA VULGATA

nes de la Biblia, tradujo todos los libros del antiguo Testamento, menos los de Baruch, la Sabiduría, el Eclesiástico y los de los Macabeos. Esta traducción suscitó el principio multiplicadas críticas; pero fué adoptada casi al punto en varias Iglesias de España, de las Galias y de África: luego se introdujo poco á poco en las demas de Occidente juntamente con la antigua Vulgata; y en fin, modificada con algunos restos que se conservaron de esta, la substituyó como mas exacta y clara, y fué la única que se usó desde el siglo VIII ó IX.

Nos quedan gran número de obras de San Gerónimo sobre la Escritura, á saber: una explicacion etimológica de los nombres hebreos, formada en parte con arreglo á los tratados de Filon y Orígenes sobre el mismo asunto; un diccionario de los lugares que se mencionan en la Santa Biblia, traducido casi en su totalidad de Eusebio; algunas cuestiones hebreas sobre el Génesis, donde da una explicacion literal de muchos pasages de este libro, discutiendo las opiniones de algunos judíos y de varios intérpretes antiguos; un comentario sobre el Eclesiastes; diez y ocho libros de comentarios sobre Isaías; seis sobre Jeremías; catorce sobre Ezequiel; uno de Daniel: unos comentarios sobre los doce profetas menores; una tabla de la concordancia de los cuatro evangelistas, y algunos comentarios sobre el Evangelio de San Mateo y las epístolas de San Pablo á los Gálatas, á los Efesios, á Tito y Filemon. Su principal objeto es explicar el sentido literal, que regularmente ilustra con mucha claridad. Antes hemos dado á conocer las obras de San Gerónimo contra Helvidio, Joviniano, Vigilancio, los luciferianos y los pelagianos; sus apologías contra Rufino, y su tratado de los hombres ilustres ó de los escritores eclesiásticos. Los otros escritos suyos, son una version de la crónica de Eusebio con su continuacion; las vidas de muchos santos y una multitud de cartas, que por la mayor parte contienen discusiones interesantes sobre la Biblia, ó instrucciones morales expuestas con tanta uncion como elocuencia. En los escritos de San Gerónimo se advierte mucho calor, energia y nobleza: su estilo es vivo, brillante y fogoso; pero á veces se encuentran quizá algo de énfasis y declamacion. Tambien se le ha criticado el uso de algunas expresiones demasiado duras contra sus adversarios en sus polémicas; pero el esplendor de su ingenio y de sus virtudes basta á desvanecer, ó á lo menos hacer olvidar esta ligera imperfeccion de la naturaleza en un santo, que por otra parte dió en su conducta y en sus escritos tantas pruebas de profunda humildad y de una caridad ardiente.

Hacia esta época, probablemente el año 421, murió Santa María Egipciaca, tan famosa por su penitencia, y cuya historia solamente entonces comenzó á conocerse en el Oriente. Habiendo ido un solitario de Palestina, llamado Zósimo, á visitar un monasterio situado en las márgenes del Jordan, pasó el rio al principiarse la cuaresma,

des de la Biblia, tradujo todos los libros del antiguo Testamento, menos los de Baruch, la Sabiduría, el Eclesiástico y los de los Macabeos. Esta traducción suscitó el principio multiplicadas críticas; pero fué adoptada casi al punto en varias Iglesias de España, de las Galias y de África: luego se introdujo poco á poco en las demas de Occidente juntamente con la antigua Vulgata; y en fin, modificada con algunos restos que se conservaron de esta, la substituyó como mas exacta y clara, y fué la única que se usó desde el siglo VIII ó IX.

XI

Nos quedan gran número de obras de San Gerónimo sobre la Escritura, á saber: una explicacion etimológica de los nombres hebreos, formada en parte con arreglo á los tratados de Filon y Orígenes sobre el mismo asunto; un diccionario de los lugares que se mencionan en la Santa Biblia, traducido casi en su totalidad de Eusebio; algunas cuestiones hebreas sobre el Génesis, donde da una explicacion literal de muchos pasages de este libro, discutiendo las opiniones de algunos judíos y de varios intérpretes antiguos; un comentario sobre el Eclesiastes; diez y ocho libros de comentarios sobre Isaías; seis sobre Jeremías; catorce sobre Ezequiel; uno de Daniel: unos comentarios sobre los doce profetas menores; una tabla de la concordancia de los cuatro evangelistas, y algunos comentarios sobre el Evangelio de San Mateo y las epístolas de San Pablo á los Gálatas, á los Efesios, á Tito y Filemon. Su principal objeto es explicar el sentido literal, que regularmente ilustra con mucha claridad. Antes hemos dado á conocer las obras de San Gerónimo contra Helvidio, Joviniano, Vigilancio, los luciferianos y los pelagianos; sus apologías contra Rufino, y su tratado de los hombres ilustres ó de los escritores eclesiásticos. Los otros escritos suyos, son una version de la crónica de Eusebio con su continuacion; las vidas de muchos santos y una multitud de cartas, que por la mayor parte contienen discusiones interesantes sobre la Biblia, ó instrucciones morales expuestas con tanta uncion como elocuencia. En los escritos de San Gerónimo se advierte mucho calor, energia y nobleza: su estilo es vivo, brillante y fogoso; pero á veces se encuentran quizá algo de énfasis y declamacion. Tambien se le ha criticado el uso de algunas expresiones demasiado duras contra sus adversarios en sus polémicas; pero el esplendor de su ingenio y de sus virtudes basta á desvanecer, ó á lo menos hacer olvidar esta ligera imperfeccion de la naturaleza en un santo, que por otra parte dió en su conducta y en sus escritos tantas pruebas de profunda humildad y de una caridad ardiente.



Hacia esta época, probablemente el año 421, murió Santa María Egipciaca, tan famosa por su penitencia, y cuya historia solamente entonces comenzó á conocerse en el Oriente. Habiendo ido un solitario de Palestina, llamado Zósimo, á visitar un monasterio situado en las márgenes del Jordan, pasó el rio al principiarse la cuaresma,

y se internó en el desierto para quedarse allí hasta la Pascua, según se acostumbraba en aquella casa. A los veinte días de marcha estando descansando un rato á la hora de mediodía, y rezando las oraciones de sexta, echó de ver á cierta distancia una especie de fantasma humana, con el pelo blanco, el cuerpo desnudo, descarnado y ennegrecido por el sol. Al pronto se asustó; luego haciendo la señal de la cruz quiso acercarse; pero la persona echó á correr diciéndole estas palabras: "Abad Zósimo, soy una muger; si quieres que me espere, échame tu manto para cubrirme." Así lo hizo el monje, y cubierta con el manto la muger le permitió aproximarse y le contó los diferentes sucesos de su vida: era Santa María Egipciaca.

Salió de casa de sus padres á los doce años, y pasó en Alejandría diez y siete, entregada á todos los desórdenes de la prostitucion: habiendo marchado luego á Jerusalem para seducir á los peregrinos que atraía la fiesta de la exaltacion de la santa cruz, la curiosidad llevó á María hácia la iglesia donde quiso entrar; pero se sintió repelida por una fuerza misteriosa que la detuvo de un modo inencomparable en el dintel. Entonces separándose del gentío y reflexionando sobre la indignidad de su vida, echó á llorar amargamente y pidió á la Santísima Virgen cuya imagen habia cerca, que la permitiese entrar en la iglesia, y prometió renunciar al mundo y hacer todo cuanto Dios le inspirase. Formado este voto, pudo entrar en la iglesia sin obstáculo. Dentro ya, y mientras adoraba la santa cruz, oyó una voz interior que le mandó que pasase el Jordan. Fué, pues, á la orilla de este río, donde habia una iglesia dedicada á San Juan Bautista, y despues de recibir allí los santos misterios se internó en el desierto. Tres panes que habia llerado le bastaron para mantenerse dos años, y luego no comió mas que yerbas. Cayéronsele á pedazos los vestidos, y sufrió desnuda los rigores del frío y el ardor del sol. Muchos veces no encontraba agua para beber. Tuvo que combatir horribles tentaciones por un espacio de tiempo igual al que habian durado sus desórdenes; pero triunfó de ellas con la oracion y mortificaciones, golpeándose el pecho, postrándose en tierra, la que regaba con sus lágrimas, é invocando la proteccion de la Santa Virgen que jamas le faltó. Llevaba ya entonces cuarenta y siete años de mansion en el desierto. Antes de separarse del solitario le mandó no contarse á nadie lo que acababa de decirle hasta que ella muriese; y le encargó que no pasase el Jordan en el siguiente año, sino que en la noche del jueves santo tomase el cuerpo y sangre de Jesucristo, y la esperase en la orilla opuesta del río. En seguida huyó, exhortándole á que la encomendara á Dios.

Guardó silencio Zósimo como le habia exigido la santa, y al cabo del año fué á esperarla al parage señalado, llevando los santos misterios. Al momento apareció aquella al otro lado del río, y llegó hasta donde él estaba, caminando por encima del agua. Le hizo rezar el símbolo y la oracion dominical, recibió de sus manos la co-

munion, y se volvió despues de haberle sacado la promesa de que dentro de un año acudiría al sitio donde la encontró la vez primera. Al principio de la cuaresma siguiente Zósimo salió del monasterio como los demas monjes para internarse en el desierto; pero cuando llegó al sitio convenido, halló á la santa muerta en el suelo y trazadas en él estas palabras: "Padre mio Zósimo, enterrad aquí el cadáver de la pobre María, y rogad á Dios por ella: he fallecido en la misma noche de la pasion del Señor, despues de recibir de vuestras manos su santísimo cuerpo." Renó el abad el oficio de difuntos; y luego se puso á cavar la tierra; pero no pudiendo lograrlo, se apareció un leon que abrió un hoyo bastante profundo para la sepultura. Colocó allí el monje el cuerpo de la santa y volvió á su monasterio, donde murió mas adelante á la edad de cien años. La Iglesia venera su memoria el día 4 de Abril, y la de Santa María Egipciaca el 2 del mismo mes. Un autor contemporáneo escribió esta historia por la relacion de los monjes, á quienes Zósimo la habia contado.

Sufrían por entonces los cristianos de Persia una violenta persecucion que habia comenzado poco antes, y duró mas de 30 años y en tres reinados consecutivos. El obispo Ábdas con indiscreto celo habia destruido un templo en que se adoraba el fuego. El rey Isdegerdis en virtud de las quejas de los magos, dispuso que le volviese á levantar; pero el obispo despues de la imprudencia cometida no creyó que le fuese lícito precaver sus results con un acto que podia parecer apostasia. Irritado el rey con su negativa, le condenó á muerte, y mandó derribar las iglesias de los cristianos. Despues se ejercieron con ellos las mas horribles crueldades para obligarlos á renegar de la fé. A unos les desollaban las manos, la espalda y la cara, y les introducian cañas puntiagudas entre las uñas y en las partes mas sensibles del cuerpo: á otros les cortaban los miembros á pedazos por las coyunturas: á otros los empalaban con nudosas estacas, ó los arrojaban atados de piés y manos en hondos fosos llenos de ratas, que se los comian vivos. Hubo infinidad de mártires: los mas conocidos son Hormisdas, que era de la mas distinguida nobleza del reino, Suenes señalado por sus riquezas, y el diácono Benjamin, que habia ostentado un celo ardiente por la conversion de los paganos.

Por consejo de los magos, dió el rey órden á los gefes de los saracenos, súbditos de la Persia, para que guardasen diligentemente las fronteras, á fin de impedir que los cristianos hallaran asilo en el territorio del imperio romano. Pero uno de los gefes llamado Aspabetes, lejos de detener á ningun cristiano, protegió al contrario su evasion. Isdegerdis reclamó los fugitivos, y como se negase el emperador Teodosio á entregarlos, se declaró la guerra. Fué esta vergonzosa para los persas, que despues de muchos descalabros, perdieron una batalla definitiva en el año 422, y se vieron obliga-

dos á pedir la paz. Habian encerrado los romanos en la ciudad de Amida, en la frontera, siete mil prisioneros que perecian por falta de viveres. Acacio, obispo de esta ciudad, no tuvo reparo en hacer fundir los vasos sagrados de oro y plata de su Iglesia, para procurar comestibles á los prisioneros y pagar su rescate. Este acto de caridad cristiana excitó la admiracion del rey de Persia, y mitigó por algun tiempo la persecucion (1).

Temiendo Aspabates la venganza del rey por su conducta generosa, se habia retirado con su familia al amparo de Anatólio, gobernador de Oriente, quien le recibió muy bien y le confió el mando de los árabes, tributarios del imperio. Tenia aquel gefe sarraceno un hijo llamado Terebon, paralítico de un lado desde la infancia, y para curarle habia empleado, sin fruto, todos los remedios imaginables. El enfermo dirigió un dia una fervorosa oracion á Dios, y prometió hacerse cristiano si sanaba: quedése despues dormido, y en sueños recibió el órden de ir á buscar á un monje llamado Eutimio en el desierto del Oriente, á diez millas de Jerusalem. Le condujo inmediatamente su padre acompañado de multitud de árabes al lugar indicado, y allí hallaron con efecto al monje Eutimio. Este, despues de una breve oracion, hizo la señal de la cruz sobre Terebon, que recobró al instante el uso completo de sus miembros. A vista de este milagro, se decidieron los bárbaros á abrazar el cristianismo, y fueron instruidos y bautizados por San Eutimio, que los retuvo algun tiempo á su lado para fortalecerlos en la fé. Maris, cuñado de Aspabates, abrazó al punto la vida monástica, y se hizo notable por su fervor: Aspabates llegó á ser mas adelante obispo de los sarracenos.

La fama de este suceso atrajo al instante á Eutimio gran número de enfermos, todos los cuales volvia curados á sus casas; de modo que el santo monje adquirió mucha nombradía en Palestina y provincias inmediatas. Era Eutimio natural de Melitina en Armenia, donde nació el año 377. Fué predicho su nacimiento á sus padres, que deseaban habia largo tiempo, tener sucesion. Así es que prometieron consagrar su hijo á Dios, y á los tres años de edad le pusieron en manos de San Otreo, su obispo, que le bautizó y educó á su lado en la piedad y el estudio de las sagradas letras. Mas adelante el mismo prelado le ordenó de sacerdote, y como hubiese notado en él una aficion declarada á la vida monástica, le confió la direccion de los monasterios de su diócesis. Pero buscando Eutimio una soledad mas completa, se retiró á un desierto á corta distancia de Jerusalem, donde vivió cinco años con otro monje llamado Theoctisto. Ambos se establecieron despues á cinco millas de allí, en una gran caverna, cuya entrada dificultaba sobremanera un torrente profundo; y acudieron pronto tantos discípulos,

(1) Theod. lib. V.—Soer. lib. VII.

que fué menester edificar un monasterio á la parte inferior del torrente. Eutimio dejaba á cargo de Theoctisto la direccion de los monges, y él moraba en la caverna enteramente retirado. Allí fué á buscarle Aspabates con su comitiva.

Desde el año 415, habia dado el emperador Teodosio el título de augusta á su hermana Pulqueria, cuya ilustracion y virtudes ejercian una provechosa influencia en todos los negocios del gobierno. Cuidó esta princesa de formar un buen consejo, cuyas resoluciones cuidaba de ejecutar con vigor; y encargándose ella misma de dar las órdenes, hacia recaer todo el honor sobre el emperador su hermano. Cometió su instruccion á los mejores maestros, y se dedicó principalmente á inspirarle una piedad sólida y un gran celo por la gloria de la religion. Estaba arreglado palacio como un monasterio, y se tenian en mucho la oracion, el canto de los salmos, las lecturas piadosas y la práctica del ayuno y la penitencia; el mismo Teodosio daba ejemplo. Se elogian particularmente su clemencia y afabilidad. Por consejo de Palqueria se casó en el año 421 con una jóven llamada Atenais, muy notable por su belleza, por su talento y por la brillante educacion que habia recibido. Era hija de un filósofo pagano; pero abrazó el cristianismo y fué bautizada por el obispo Atico, que le puso el nombre de Eudoxia. A los dos años de matrimonio, el emperador la declaró augusta. Hácia el mismo tiempo publicó varias leyes favorables á la religion. Prohibió los espectáculos del circo y del teatro en todas las ciudades los domingos y los dias de Natividad, de la Epifania, de Pascua y de Pentecostes, en las fiestas de los apóstoles y durante todo el tiempo pasqual. Renovó las antiguas leyes contra los hereges y paganos; pero reduciendo á destierro y confiscacion de bienes, la pena de muerte decretada contra los que sacrificasen á los ídolos. Confinó la prohibicion de que los judíos circuncidaran á ningun cristiano ó tuvieran á alguno por esclavo, y ademas les vedó edificar nuevas sinagogas. Pero al mismo tiempo publicó otras leyes para reprimir el celo indiscreto de los cristianos, prohibiéndoles ejercer ninguna violencia con los judíos ó paganos, y quitarles nada, pena de restituir el cuatro tanto. A pesar de sus virtudes, Teodosio el jóven tenia los defectos de un hombre débil y de pocos alcances, y mas de una vez veremos cómo se dejaba prevenir y dominar fácilmente por la intriga (1).

A duras penas sufrían algunos obispos de la Iliria la autoridad de la Santa Sede en las provincias del Oriente, y no querian reconocer por obispo de Corinto á Perigenes, cuya eleccion habia sido confirmada por el Papa Bonifacio. Persuadieron á Teodosio á que diese una ley el año 421, prescribiendo que el fallo de las causas eclesiásticas de la Iliria, se debia reservar al concilio provincial ba-

(1) Theodor. lib. V.—Sozom. lib. IX.
Tom. II.

jo la autoridad del obispo de Constantinopla. Así el emperador atribuía á éste la jurisdicción patriarcal que el Papa había ejercido constantemente en la Iliria entera, aun despues que una parte de esta provincia se había reunido al imperio de Oriente. Se invocaban los antiguos cánones concernientes á la prerogativas de la nueva Roma; lo que sin duda aludía al primer concilio de Constantinopla. Pero aquellos atribuían simplemente al obispo de esta ciudad el primer lugar honorífico despues del soberano Pontífice, sin ninguna jurisdicción sobre las demas Iglesias, y aun habían reconocido los derechos de las patriarcales; y no podia nadie prevaleerse de los cambios ocurridos en el imperio temporal para disputar al Papa la inmediata jurisdicción que sobre toda la Iliria le pertenecía, en su calidad de patriarca de Occidente, ademas de la que tenia como cabeza de la Iglesia.

Atico, de Constantinopla, convocó al punto un concilio en Corinto, para examinar la elección de Perigénes; pero habiendo llegado á noticia del Papa Bonifacio, escribió á Rufo, de Tesalónica, legado de la Santa Sede, que sostuviese su autoridad contra los que intentaban arrogarse con innovaciones unos derechos que no les pertenecían. Exhortó al mismo tiempo á los obispos de Tesalia para que no reconociesen en Oriente á otro gefe que á Rufo; y en carta dirigida á los obispos de las provincias que componian el distrito de Iliria, clamó enérgicamente contra el abuso que se hacia de los cánones para autorizar semejante usurpacion de poder. "¿Qué obispo de vosotros, dice, tiene el derecho de convocaros para juzgar una causa fallada por la Santa Sede? Si leéis los cánones, vereis cuál es la segunda silla despues de la de Roma, y cuál es la tercera. Esas grandes Iglesias de Alejandria y de Antioquia, guardan su dignidad en virtud de estos cánones; y se sabe que en los negocios importantes han recurrido á la Iglesia romana." Prohíbeles en seguida que se reúnan para poner en cuestion la elección del obispo Perigénes, pena de quedar privados de la comunión con la Santa Sede. El Papa Bonifacio envió tambien una diputacion al emperador Honorio, exhortándole á que sostuviera los derechos de la Iglesia romana. Este príncipe escribió á Teodosio, el cual le respondió, que sin atender á la ley que por sorpresa habían obtenido los obispos de Iliria, mantendría los privilegios de la Iglesia romana segun los cánones, y que había ya encargado á los prefectos del pretorio que cooperasen á este fin.

Murió el Papa Bonifacio en el año 422, habiendo ocupado la Santa Sede tres y ocho meses. Algunos partidarios de Eulaho quisieron llamarle otra vez; pero él no quiso ir á Roma, y murió de allí á poco en un obispado que había conseguido en Campania. A San Bonifacio sucedió Celestino, romano, cuyo pontificado duró cerca de diez años.

Al siguiente murió el emperador Honorio, y como no dejaba hijos,

Juan, primicerio de los notarios ó primer secretario de Estado, se hizo proclamar emperador en la ciudad de Ravena, donde se sostuvo año y medio. Pero no pudo lograr que le reconociesen en Africa, y fué vencido y muerto el año 425 por las tropas que Teodosio había enviado contra él á Italia. Placidia, hermana de Honorio y viuda de Constancio, el cual había sido asociado al imperio por aquel, recibió el título de augusta, y gobernó á nombre de su hijo Valentiniano III, que solo tenia siete años, y fué declarado por Teodosio emperador de Occidente. Inmediatamente publicó aquella princesa varias leyes, unas para desterrar de las ciudades á los hereges y cismáticos, otras para confirmar los privilegios de las Iglesias, y restablecer los que había suprimido Juan, particularmente el derecho que disfrutaban los eclesiásticos de no ser emplazados ante los tribunales laicales.

A principios de su pontificado, tuvo ya el Papa San Celestino que resolver sobre dos causas importantes, relativas á la Iglesia de Africa: la del presbítero Apiario de que hemos hablado anteriormente, y otra apelacion interpuesta por Antonio, obispo de Fusala. San Agustín había mandado erigir en obispado esta ciudad, situada al extremo de su diócesis, y poblada en casi su totalidad de donatistas reunidos. Había llamado al primado de Numidia para que se consagrara un obispo; y negándose de pronto á aceptar el presbítero que él había elegido, presentó á Antonio, educado entre el clero desde su niñez; pero que aun no era mas que lector. Apenas ocupó Antonio esta silla, se atrajo el odio del pueblo por sus violencias y exacciones. Eleváronse quejas contra él en un concilio, que le condenó á restituir las sumas que había arrancado con extorsiones, y le privó del gobierno de su Iglesia; pero sin deponerle del episcopado. Al principio se sometió á esta sentencia; mas habiendo hallado despues medio de conseguir una recomandacion del primado de Numidia, apeló á la Santa Sede, disfrazó los hechos, y sostuvo que á no haberle depuesto, no se había podido privarle legítimamente de la administracion de su diócesis. El Papa Bonifacio le despachó con letras apostólicas, en que decía que debía ser repuesto, siempre que fuera fiel la relacion de los hechos. Prevaleándose Antonio de esta decisión, amenazaba recurrir á la autoridad secular, para que le llevase á efecto: entonces San Agustín escribió al Papa Celestino, rogándole que evitase semejante escándalo. Por su carta se ve que no solamente el santo doctor respetaba el derecho de apelacion á la Santa Sede, sino que éste se hallaba consagrado en Africa por una práctica constante. En efecto, declara que podria citar multitud de sentencias análogas, confirmadas por la Sede Apostólica; dejando aparte los que suben á tiempos remotos para atenerse á los mas recientes, nombra tres obispos, uno de los cuales se encontraba precisamente en el mismo caso que Antonio, de Fusala, y el sumo Pontífice había confirmado su condena-

cion. Además, San Agustín no dice una palabra que tienda á censurar el derecho de apelacion en sí mismo: se limita á demostrar que la sentencia fué dada legítimamente; y suplica al Papa que la confirme y evite la reprobacion de Antonio, fundándose en la indignidad de este obispo, en la aversion del pueblo y en el dolor profundo que él tendria al ver perecer al mismo tiempo las ovejas y al pastor que les habia dado. A esta carta acompañaban los autos de la causa y su sentencia. No tenemos la contestacion de Celestino; pero se sabe que Antonio no fué reprobado, y que al fin de su vida San Agustín gobernaba aún la Iglesia de Fusala.

En el año 428 escribió el Papa Celestino una decretal á los metropolitanos de Viena y Narbona, en las Galias, en que clama con energia contra el abuso de negar la penitencia á los moribundos, y declara que es necesario juzgar de la sinceridad de las conversiones, por la disposicion del corazon y no por la circunstancia del tiempo. Prohíbe elevar al episcopado á simples seglares ó clérigos extraños y desconocidos del pueblo. Remitió á los obispos de las provincias de Viena y Narbona el enjuiciamiento del obispo de Marsella, acusado de haber aplaudido el asesinato de otro obispo, sabiendo á recibir al asesino: se cree que esta acusacion se refiere á la muerte de Patroclo, de Arlés, á quien un tribuno habia asesinado dos años antes. El Papa censura tambien á ciertos obispos que afectaban llevar un manto con un ceñidor, y añade, que deben distinguirse del pueblo, no por el vestido, sino por las costumbres y la doctrina. Estas palabras han hecho creer que los eclesiásticos, ni aun los obispos, no tenian todavía un traje particular en Occidente; y esta opinion parece corroborada con un pasaje de San Agustín, que intentando disuadir á los fieles de que regalasen á su comunidad algun vestido de valor para su particular uso, les decia: "Yo quiero tener un vestido que pueda dar á mi hermano que no le tiene;" y nombra el *birro*, especie de ropa talar que llevaban los seglares (1). En Oriente, los obispos y clérigos llevaban generalmente un vestido negro; pero este uso era comun á la mayor parte de los monges y personas devotas.

Multiplícábanse los monasterios en las Galias, y en especial en Provenza, á donde se habia retirado el célebre Casiano. No se sabe dónde nació, sino que fué educado en un monasterio de la Palestina, y despues de haber visitado muchos años á los monges y solitarios de Egipto, pasó á Constantinopla y fué ordenado diácono por San Juan Crisóstomo: desde allí marchó á Roma despues del destierro del santo patriarca, y el orden de presbítero el Papa San Inocencio. Salíó de aquella ciudad en el año 409, y se estableció en Marsella, donde fundó dos monasterios, uno para hombres en honor de San Pedro y de San Victor, y otro para mugeres en el de

(1) Celest. *Epist. II.*—Aug. *Serm.* CCCLVI.

la Santísima Virgen. Afirmase que el número de sus discípulos llegó hasta cinco mil. Les hacia observar las reglas de los monges orientales con los temperamentos que exigia la diferencia del clima. Sus escritos y reputacion contribuyeron á dar brillante realce á la vida monástica en el Mediodia de las Galias. San Castor, obispo de Apt y originario de Nimes, que habia fundado un monasterio en su provincia, suplicó á Casiano que pudiese por escrito los usos y costumbres observados por los monges en Oriente, para que sirviesen de instruccion y guía á los que acababa de reunir. Para corresponder á este deseo, compuso Casiano su famosa obra de las Instituciones monásticas; dividida en doce libros. En los cuatro primeros se exponen las prácticas y reglas de los monasterios de Egipto, Palestina y Mesopotamia. Ya hemos referido antes los hechos mas notables que contienen: solo añadiremos aquí, que en Oriente los monges no ayunaban el sábado: que los de Mesopotamia y Palestina, además del oficio de la tarde y de la noche, rezaban tambien en comunidad las horas de tercia, sexta y nona: que en cada una de estas solo se rezaban tres salmos, como se hace aun en el día; y por último, que las preces de prima eran peculiares de los occidentales que habian introducido esta práctica hacia poco. Los ocho últimos libros tratan de los vicios capitales y medios de destruirlos. A peticion de varios santos y muchos personajes, compuso Casiano en seguida sus veinticuatro conferencias, para dar á conocer las máximas y el espíritu de los monges de Egipto, cuyo género de vida habia descrito en el libro de las Instituciones. Refiere las conversaciones que habia tenido con los mas ilustres solitarios durante su morada en aquella provincia. En la conferencia decimatercia se hallan varias proposiciones que contienen los errores del semi-pelagianismo, y que fueron impugnadas pronta y vigorosamente por San Próspero; pero debia observarse, para disculpar á Casiano, que estos errores todavia no estaban condenados expresamente por la Iglesia.

San Honorato habia fundado tambien hacia el año 410, un monasterio en Lerina, isla desierta que pertenecia á la diócesis de Frejus. Esta casa que llegó muy pronto á florecer, contaba muchos moradores, varios de los cuales se hicieron célebres en adelante. Pero á otros los arrastró al semi-pelagianismo la autoridad de Casiano, quien dedicó parte de sus conferencias á San Honorato. Era éste del pais de Toul y descendiente de ilustre familia, que habia obtenido hasta la dignidad consular. Desde su juventud renunció todas las esperanzas del mundo, distribuyó entre los pobres sus bienes, y se puso bajo la direccion de un solitario llamado Caprais, con el cual se embarcó para la Grecia, con el fin de visitar los monasterios del Oriente. Habiendo muerto en el Peloponeso su hermano Venancio, que lo habia acompañado, tomó la resolucion de volverse á las Galias. La veneracion con que miraba á San Leon-

cio le indujo á establecerse en su diócesis, y escogió para su retiro la isla de Lerina, á donde acudieron una porción de discípulos á ponerse bajo su dirección. Por la fama de sus virtudes fué elegido obispo de Arlés en el año 426, despues de muerto Patroclo; pero no ocupó la silla más que dos años, durante los cuales fué admirado, sobre todo, por su dulzura, caridad y celo en la observancia de la disciplina. Murió el de 428, y tuvo por sucesor á Hilario que habia sido su discípulo en Lerina, y que continuó observando mientras fué obispo, las prácticas de la vida monástica.

Entre los demas obispos cuyas virtudes ilustraron por entonces la Iglesia de las Galias, se debe citar principalmente á San German, de Auxerre y á San Lope, de Troyes. German nació en el mismo Auxerre, de familia noble y opulenta; estudió en Roma la jurisprudencia y siguió la carrera del foro; despues, habiéndose casado, llegó rápidamente á obtener altos empleos, imperando Honorio, que le nombró duque ó comandante de las tropas del Auxerre. Era aficionadísimo á la caza, y acostumbraba colgar de un árbol que habia en medio de la ciudad, las cabezas de los animales que mataba. Reprendióle varias veces San Amador, obispo de Auxerre, por esta costumbre que era un resto de las supersticiones de los paganos; y siendo infructuosas sus amonestaciones, mandó derribar el árbol cuando estaba ausente German. A su regreso se irritó tanto éste, que llegó á amenazar de muerte al santo obispo. De allí á poco supo por revelacion San Amador, que se acercaba su fin, y que la Providencia le destinaba para sucesor á German. Pensó, pues, en agregarle al clero, y como era necesario el consentimiento del prefecto de las Galias, solicitó al punto el permiso para tonsurarle. En cuanto le logró, reunió á su pueblo, hizo cercar á German, le declaró que seria su sucesor, y habiéndole exhortado á que se hiciese digno de su ministerio, le cortó el cabello y le ordenó de diácono. A pocos dias murió San Amador, y elegido German de comun consentimiento, se vió precisado á admitir el obispado. Fué consagrado en el año 418, al mes de muerto su antecesor. Desde aquel instante mudó enteramente de conducta, y se hizo admirable practicando todo género de virtudes. Distribuyó sus bienes entre los pobres y las iglesias; se abstuvo del vino, de la carne, de las legumbres y de todo manjar condimentado, reduciéndose á comer pan de escaba; y aun éste no le probaba hasta por la tarde, y muchas veces despues de algunos dias de la mas completa abstinencia. Sus vestidos eran de tela ordinaria sin cambiarlos segun las diferentes estaciones, y dormía en un lecho de ceniza rodeado de unas tablas y cubierto con un cilicio. Así vivió los treinta años que duró su episcopado. Para proporcionarle un lugar de retiro y oracion, fundó un monasterio cerca de Auxerre, al otro lado del rio Yona, en honor de San Cosme y San Damian. Luego tomó esta casa el nombre de San Mariano, uno de sus primeros abades.

San Lope, obispo de Troyes, nació en Toul, de familia ilustre: habia asistido á las lecciones de los retóricos, y adquirido fama de elocuente. Se casó con Pimeniola, hermana de San Hilario, de Arlés; pero á los siete años de union se apartaron voluntariamente ambos esposos para vivir en la continencia. Entonces San Lope fué á ponerse bajo la dirección de San Honorato, en el monasterio de Lerina, á donde le siguió su hermano Vicente, que despues fué ordenado sacerdote, y se hizo célebre por sus escritos. Hacía poco que vivía allí, cuando habiendo emprendido un viage á Macon el año 427 para repartir el resto de su hacienda entre los pobres, le cogieron de improviso y le eligieron obispo de Troyes, cuya silla estaba vacante por muerte de San Urso. Gobernó esta Iglesia cincuenta y dos años.

El pelagianismo hacia entonces bastantes progresos en la Gran Bretaña, de donde era originario Pelagio, y donde se habian refugiado varios de sus secuaces. Los obispos de la isla enviaron diputados á Roma y á las Galias en el año 429, pidiendo socorro contra estos hereges. El Papa San Celestino y los obispos de las Galias convinieron en escoger para esta mision importante á San German y San Lope, sobremenera á propósito para desempeñarla con fruto, así por su talento como por sus virtudes. Era tan gloriosa la nombradía de los dos santos misioneros, que recibian por todas partes testimonios de la veneracion de los pueblos. Al acercarse á la aldea de Nanterre, próxima á Paris, salieron los habitantes á su encuentro para pedirles la bendicion. Descubrió San German entre el gentío, á una muchacha, cuyo angelical exterior le llamó la atencion. Se llamaba Genoveva, y no tenia mas que diez ó doce años. Hizo que se acercase, y predijo á sus padres que la niña llegaría á ser una gran santa. Despues preguntó á ésta si queria consagrarse á Dios; á lo que contestó la muchacha, que esa era su intencion, y que le rogaba le diese la bendicion solemne de las vírgenes. Se dirigieron, pues, á la iglesia, donde se rezaron largas preeces, durante las cuales el santo obispo tenia puesta la mano derecha sobre la cabeza de Genoveva. Al dia siguiente, preguntándole el santo si se acordaba de la promesa que habia hecho, respondió que esperaba con la gracia de Dios cumplirla fielmente toda su vida. Entonces, habiendo risto San German en el snelo una medallita de cobre en que estaba grabada la santa cruz, la recogió y se la dió á Genoveva, encargándole que llevase siempre al cuello este sencillo adorno con preferencia al oro y paderria con que se adornan las jóvenes del siglo. Estos fueron los principios de Santa Genoveva, que llegó á ser tan célebre en lo sucesivo.

Habiéndose embarcado San German y San Lope para la Gran Bretaña, los asaltó una furiosa tempestad; pero el santo obispo de Auxerre la aplacó echando en el mar algunas gotas de aceite bendito, é invocando á la Santísima Trinidad. En cuanto arribaron,

acudieron los habitantes de todas partes para escucharlos; y era tal el gentío, que se veían á veces obligados á predicar en medio de las plazas públicas. Sus instrucciones afirmaron en la fé á los católicos, y convirtieron á muchos pelagianos. Los gefes de la secta, despues de haber esquivado por algun tiempo el presentarse, resolvieron al cabo asistir á un concilio celebrado en Verulamio, donde trataron de defender sus errores; pero los santos misioneros asentaron la doctrina católica con tanta enérgia y claridad, que los redujeron al extremo de no poder contestar. Presentóse entonces un tribuno en la asamblea con una niña de diez años, ciega, y rogó á los santos obispos que la curasen. Estos le hicieron seña que se dirigiese á los pelagianos, los cuales confesaron su impotencia. Entonces German, lleno de viva fé, invocó á la Santísima Trinidad, cogió un relicario que llevaba siempre consigo, y en presencia de todo el mundo le aplicó á los ojos de la niña, que recobró la vista en el momento. Este milagro determinó la conversion de los mas obstinados pelagianos. Los santos obispos fueron á dar gracias á Dios en el sepulcro de San Albano, el mártir mas célebre de aquel pais.

Estaban los britones en guerra con los pictos, pueblos bárbaros del norte de la isla, y con los sajones, á quienes habian llamado de Germania en su socorro, y se habian vuelto en contra. Imploraron la proteccion de San German y San Lope contra tales enemigos; y los santos obispos se trasladaron al campamento, donde su presencia reanimó la confianza. Como era tiempo de cuaresma, aprovecharon la ocasion de reconciliar á los pecadores y disponer los catecúmenos para el bautismo; y habiendo celebrado despues la fiesta de Pascua, se puso San German á la cabeza de las tropas, á quienes recordó su antigua profesion, tomó las disposiciones necesarias para el combate, y encargó á los soldados que repitiesen todos juntos la voz que él diera como señal de acometida. Avanzaba el enemigo creyendo sorprender á los britones, y en cuanto estuvo á la vista gritó tres veces el santo obispo: ¡*Alleluia!* El ejército repitió este grito, que el eco de las montañas multiplicó; y creyendo los bárbaros tener á su frente una multitud inmensa, huyeron inmediatamente arrojando sus armas y abandonando sus bagajes. Despues de este triunfo volvieron los santos obispos á las Galias. Pero veremos mas adelante que San German fué llamado nuevamente á la Gran Bretaña para combatir segunda vez la heregia. Poco despues de la mision de San German y San Lope, el Papa San Celestino ordenó obispo al diácono Paladio, y le envió á predicar la fé á Escocia. Este fué el primer obispo de esta nacion sumida hasta entonces en la barbarie. Refiere San Gerónimo que los escoceses no tenían matrimonios ordenados, y que á veces se alimentaban con carne humana (1).

(1) Hier. *Epist.* LXXXIII.—Beda, *Hist. lib. 1.*—Const. *Vit. Sanct. Germ.*

San Agustín continuaba defendiendo con sus escritos la doctrina católica sobre la gracia contra los restos del pelagianismo. Habiendo leído algunos monjes de un monasterio de A drumeto en África, la copia de una carta que habia enviado al presbítero Sixto, se declararon contra la doctrina contenida en ella, y acusaron á los que la defendían de que destruían el libre albedrío. Vanos fueron los esfuerzos para disipar sus preocupaciones y explicarles los pasajes que no entendían, ó cuyo sentido equivocaban. Acaloráronse los ánimos; se introdujo el desórden en la comunidad, y para poner un término á esta situacion, el abad Valentin consintió que dos monjes jóvenes de los mas fogosos, fuesen á buscar al obispo de Hipona y le propusiesen sus dificultades. Recibiólos éste con afecto: los instruyó á fondo en la doctrina católica: les explicó el sentido de su carta á Sixto, y les leyó todas las actas relativas á la condenacion del pelagianismo: despues les entregó dos cartas para su abad, y además una obra titulada: *De la gracia y del libre albedrío*, que compuso expresamente para instruccion de aquella comunidad. El objeto de ella era demostrar que se debe evitar igualmente negar el libre albedrío admitiendo la gracia, y desechar la gracia para admitir el libre albedrío, supuesto que estos dos puntos de fé, aunque difíciles de conciliar, no dejan ambos de ser dogmas incontestables. Con efecto, prueba el libre albedrío con multitud de pasajes de las Escrituras, que contienen preceptos, promesas y exhortaciones. Confirma despues la necesidad de la gracia con otros pasajes que representan nuestros méritos y nuestras virtudes como dones del cielo, que muestran la insuficiencia de nuestras propias fuerzas para obrar el bien, y por último, que nos mandan pedir los auxilios que necesitamos. Demuestra que la gracia no consiste en los dones naturales, en la ley, las instrucciones y el ejemplo, ni siquiera en la remision de los pecados, sino en un auxilio que ayuda y predispone la voluntad; y en fin, que la gracia no se da al hombre á consecuencia de sus méritos, pues que es necesaria para producirlos, de manera, que la vida eterna es á un tiempo una recompensa y una gracia, toda vez que los méritos que con ella se recompensan, no se obtienen sino por medio de la gracia.

Supo á poco tiempo San Agustín que esta obra habia dado motivo á nuevas objeciones, porque decían: si la gracia es necesaria para hacer el bien, y si por otra parte no se adquiere por los méritos, se concluye que no se debe reprehender ni corregir á los que obren mal, sino contentarse con instruirlos y rogar por ellos. Para resolver esta dificultad compuso el santo doctor otra obra titulada, *De la correccion y de la gracia*, y la envió tambien á Valentin y á sus monjes de A drumeto. En ella demuestra que no pecando el hombre sino por culpa suya, es tan justo como útil corregirle, con la esperanza de que el temor, la vergüenza ó el dolor, produzcan el efecto de excitarle á obrar y convertirse: en seguida expone su doctrina sobre la

eficacia de la gracia, sobre la gratuita predestinacion de los elegidos y sobre el don de la perseverancia. Estos tratados se compusieron hácia el año 426.

Trató las mismas cuestiones en las obras que compuso tres años despues para combatir el semi-pelagianismo, adoptado, segun se ha visto, en algunos monasterios del Mediodia de las Galias. Los semi-pelagianos admitian, como los católicos, el pecado original y la necesidad de una gracia interior para obrar el bien; pero creian que el deseo de la conversion y el principio de la fé debian atribuirse únicamente á las fuerzas de la naturaleza y del libre albedrio: que Dios concedia la gracia en consecuencia de estos primeros movimientos de la voluntad hácia el bien, y que así comenzaba el hombre por sí mismo la obra de su salvacion y obtenia la primera gracia por sus propios esfuerzos. No reconocian predestinacion gratuita para los elegidos; pero sostenian en cuanto á los niños, que si unos llegaban á recibir el bautismo y los otros morian antes de recibirle, era en razon de las obras buenas ó malas que hubieran hecho si hubiesen vivido; y en cuanto á los adultos, si Dios concedia á unos gracias especiales que á otros no se daban, es porque preveia que los primeros debian aprovecharse de ellas y los otros abusarian; de manera, que en el sistema de los semi-pelagianos, la primera gracia se daba al hombre en razon de su buena voluntad, y las otras á causa del buen uso que debia hacer de ellas; y tanto respecto de los niños como de los adultos, no se efectuaba la predestinacion sino á consecuencia de la prevision de los méritos. Pero conviene notar sobre este último punto, que la opinion de la predestinacion consiguiente á los méritos, tal como la enseñan muchosismos teólogos, nada tiene contrario á la fé, ni era reprehensible en el sistema de los semi-pelagianos, sino en cuanto referian el origen primero del mérito á las disposiciones naturales de la voluntad.

Tuvo San Agustin noticia de estos errores por Hilario, antiguo discípulo suyo, y San Próspero, ambos seglares, pero celosísimos por la fé. En cuanto recibió sus cartas, que contenian una exposicion de la doctrina de los semi-pelagianos, respondió con dos libros titulados, el uno, *De la predestinacion de los santos*, y el otro, *Del don de la perseverancia*. En el primero demuestra que el principio de la fé es un don de Dios: que la gracia previene y dispone la voluntad para todo lo que hace relacion á la salvacion, y que no se concede en consecuencia de nuestros méritos, porque de otra manera dejaria de ser gracia. Confiesa que en algunas obras compuestas antes de ser obispo, habia enseñado la opinion contraria; pero añade que se ha desengañado con un estudio mas profundo de las epístolas de San Pablo. En el segundo libro prueba que la perseverancia final es tambien don de Dios, es decir, que no se puede perseverar hasta el fin sin gracias especiales; pero que pueden obtenerse por la oracion, como puede uno hacerse indigno de ellas por su cul-

pa. Trata tambien de la predestinacion gratuita de que habia ya hablado en el libro precedente, y hace ver que no quita la utilidad de las exhortaciones y de las correcciones.

Julian, de Eelano, habia compuesto una obra larga dividida en ocho libros para responder al segundo "De las nupcias y de la concupiscencia," publicado años antes por San Agustin. Este, á pesar de su mucha edad, emprendió su refutacion y se dedicó á esta tarea hasta el fin de su vida; pero no tuvo tiempo de acabarla: no nos quedan mas que seis libros, en que se refutan artículo por artículo los seis primeros de Julian. Este fué su último tratado contra el pelagianismo.

Intentando San Agustin revisar todas sus obras, publicó por los años de 428 sus dos libros titulados: *Retractaciones*: el primero contiene la revision de los escritos compuestos desde su conversion hasta su episcopado; y el segundo comprende todo lo demas hasta el tiempo en que hacia esta revista, que concluye con el tratado *De la correccion y de la gracia*. Hace mencion de noventa y tres obras en doscientos treinta y dos libros, en las que señala hasta las mas mínimas expresiones que pudieran parecer oscuras ó inexactas, y defiende tambien todo lo que otros habian censurado inopuntamente. Quedábanle por revisar sus cartas y sermones, y principió inmediatamente este trabajo, que no pudo concluir á causa de otras ocupaciones importantes. Compuso asimismo, hácia el fin de su vida, un tratado de las heregias; á solicitud del diácono *Quod vult Deus*, que llegó á ser obispo de Cartago.

Hasta tres ó cuatro años antes de su muerte no acabó San Agustin la grande obra de la *Ciudad de Dios*, dividida en veintidos libros, en la que desplegó todos los recursos de su ingenio y erudicion, para demostrar lo absurdo de la idolatria y probar la verdad del cristianismo. No solo se propuso combatir las preocupaciones de los paganos y justificar á la Providencia Divina, manifestando que los dioses del paganismo no habian preservado ni á los romanos ni á los otros pueblos de males semejantes á los que afligian al imperio, y que su culto por consecuencia no puede ser el origen ó la condicion de la felicidad en la tierra, ni mucho menos despues de esta vida; sino que para dar á esta obra un interés mas general y durable, impugnó directamente todos los errores de la idolatria y los sistemas filosóficos: luego, exponiendo sucesivamente la historia y los dogmas del cristianismo, á fin de mostrar en la grandeza y armonia de su conjunto los caracteres incontestables de una obra divina, llega por este medio á formar la apologia mas completa y brillante de la religion. Ya se deja entender que seria imposible dar á conocer por medio de una simple análisis el fondo de este admirable tratado que abraza tantas cuestiones, tan vastas é importantes.

Tambien debe contarse entre las obras mas notables del santo

doctor el tratado de la Trinidad, que empezó en el año 400; pero que no pudo concluir hasta diez y seis años despues. Se divide en quince libros: los siete primeros se emplean en explicar lo que nos enseña la fé sobre este misterio y en combatir los errores de los arrianos. El objeto del octavo y siguientes, es dar una idea de la Santísima Trinidad por medio de las imágenes que de ella se encuentran en la naturaleza. Encierran lo mas sublime que hay en la metafísica, principalmente sobre la distincion del alma y del cuerpo, y sobre la naturaleza de los seres espirituales.

Viéndose agobiado de trabajos, y conociendo que sus fuerzas declinaban, San Agustin habia designado desde el año 426, para sucesor suyo á un presbítero de su Iglesia llamado Heraclio. Sometió esta eleccion á la aprobacion del pueblo y del clero, que la confirmaron con unánimes aclamaciones. Sin embargo, no quiso que en vida suya se consagrara Heraclio; pero descargó en él los cuidados ordinarios de la administracion, con lo que le quedó mas tiempo para dedicarse á la predicacion y á componer sus últimos escritos. Todavía vivió otros cuatro años, y presenció la desolacion del Africa por los vándalos.

El conde Bonifacio, gobernador de Africa, habia mostrado al principio mucho celo por la causa de Placidia y de su hijo Valentiniano. Pero el célebre Aecio, envidioso del crédito de aquel gobernador, se empeñó en hacerle sospechoso á la emperatriz; y habiéndole acusado de que trataba de hacerse independiente, añadió que para convencerse diera orden á Bonifacio de ir á Italia, y veria cómo no obedecia. Por otra parte escribió á éste que la emperatriz le queria perder, y que se guardase de presentarse en la corte si ella le enviaba á llamar. Cayó en el lazo Bonifacio, y lejos de obedecer la orden que se le intimó, tomó sus medidas para resistir abiertamente. Se desbizo sucesivamente de tres generales que enviaron contra él; pero temiendo sucumbir al fin, llamó en su socorro á los vándalos, y les ofreció repartir con ellos las provincias de Africa. Estos bárbaros que se hallaban reducidos á algunas comarcas de España, oyeron con gusto las proposiciones del conde Bonifacio, é inmediatamente pasaron el estrecho en número de ochenta mil, mandados por Genserico. Entonces escribió San Agustin las cartas mas enérgicas y vehementes á Bonifacio, para recordarle sus obligaciones y hacerle entrar en sí. Poco tiempo despues, habiendo ido algunos amigos del conde de Italia á Cartago, descubrieron la pérfida intriga de Aecio, y procuraron la reconciliacion entre Placidia y Bonifacio. Este quiso persuadir á los vándalos á que evacuasen el Africa mediante una considerable suma de dinero; pero se negaron á la propuesta, y cuando se recurrió á la fuerza para obligarlos, derrotaron completamente el ejército romano y quedaron dueños del país que asolaron impunemente. Todas las ciudades cayeron casi al instante en su poder y fueron saqueadas. Las únicas que re-





SAN AGUSTIN OBISPO DE HIPONA

sistieron algun tiempo, fueron Cartago, Cirta é Hipona. Por todas partes se veian pueblos y aun ciudades incendiadas: multitud de habitantes fueron degollados; otros quedaron reducidos á la mas penosa esclavitud. Los que huian á los bosques, á las cuevas ó á las fortalezas, tardaban poco en perecer de hambre y de miseria, ó caian en manos de los bárbaros que los mataban sin piedad. Ni á los niños perdonaban: los arrancaban de los brazos de sus madres ó nodrizas para tirarlos por los caminos como una carga inútil. Así perecieron muchísimos sin haber recibido el santo bautismo. Como los vándalos eran arrianos, ejercian principalmente su furor con los eclesiásticos, las vírgenes y los religiosos. Profanaron ó quemaron las iglesias; los oficios divinos no se celebraban mas que en casas particulares; y apenas se hallaban ministros para celebrarlos, ni fieles que asistiesen á ellos (1).

No pudiendo el conde Bonifacio despues de su derrota conservar el pais, se encerró en Hipona con las reliquias de su ejército, y sostuvo un sitio de catorce meses. Allí se habian refugiado varios obispos, entre otros, Possidio, de Cálamo, que escribió la vida de San Agustin. Estando un dia á la mesa el santo doctor les dijo que para no ser testigo de las desgracias de su pueblo, no cesaba de pedir á Dios que, ó libertase la ciudad, ó le sacara de este mundo antes que fuese tomada. A los tres meses de sitio acometió al santo obispo una violenta fiebre, y no pensó mas que en prepararse para la muerte. Durante su enfermedad, que fué bastante larga, hizo que le pusiesen á la vista los salmos penitenciales para mantenerse en la compuncion, y continuamente los leia derramando lágrimas. Para no distraerse de este piadoso ejercicio en los diez últimos dias que vivió, mandó que nadie entrara en su habitacion, excepto cuando los médicos iban á visitarle, ó cuando le llevaban alguna cosa que tomar. Conservó su entero conocimiento hasta el último instante, y murió rezando con sus amigos el dia 28 de Agosto del año 430 á la edad de 76. No hizo testamento, dice Possidio, porque nada tenia que legar; pero encargó que se tuviese mucho cuidado de la hermosa librería que habia reunido para su Iglesia. Durante su episcopado habia curado á muchos enérgumenos, y pocos dias antes de su muerte curó en el acto con solo la imposicion de manos á un enfermo, que de resultas de una vision se dirigió á él para recobrar la salud. No tardaron mucho los bárbaros en ocupar la ciudad y entregarla al pillage; pero respetaron el cuerpo de San Agustin y la biblioteca de su iglesia. Su cuerpo, trasladado al principio á Cerdeña por los obispos que huian de la persecucion de los vándalos, fué despues depositado en Pavía donde se descubrió el año de 695 (2).

(1) Procop. *De bello Vandal.* lib. I.—Possid. *Vita August.*

(2) El 28 de Octubre de 1842, se ha trasladado nuevamente á Hipona el Tom. II. 18.

Fué San Agustín á un mismo tiempo lumbrera de la Iglesia por sus escritos y modelo de obispos por su celo y virtudes. Regularmente empleaba gran parte de la noche en la composicion de sus obras, para no defraudar el tiempo destinado á los deberes de su ministerio y á los afanes de la solicitud pastoral. Algunas veces ocupaba todo el dia en arreglar las diferencias que sometian á su arbitramento los fieles y hasta los hereges; y se aprovechaba de esta ocasion para conocer el carácter de las partes, y exhortarlas á la práctica de la virtud. Con frecuencia le pedian cartas de recomendacion para asuntos temporales; pero no las concedia sino con suma reserva, y nunca cuando se trataba de empleos y matrimonios. Eran sus vestidos y sus muebles modestos y sin afectacion de limpieza ni de descuido. Gastaba ropa interior de lienzo debajo de los hábitos, y usaba calzado segun la costumbre ordinaria, exhortando á los que iban descalzos á que no se dejasen dominar del orgullo por esto. No comia fuera de su casa, sino citando iba de camino; su alimento ordinario eran legumbres y vino, reservándose la carne para los huéspedes y enfermos, y hacia que le leyeran mientras comia. En el servicio de mesa solo las cucharas eran de plata. Vivian con él sus clérigos, alojados en la misma casa y alimentados y vestidos del fondo comun, sin poseer nada propio. Nunca comia en su mesa, ni se alojaba en su casa muger alguna, ni se veia que ninguna la frecuentase, ni aun su hermana y sobrinas que habian abrazado la vida religiosa. Cuando una muger queria hablarle la recibia delante de algunos clérigos y jamas á solas. No visitaba los monasterios de religiosas sino en casos de urgente necesidad. Se dedicaba con fervor á socorrer á los pobres y enfermos y á consolar á las personas afligidas, especialmente á las viudas y huérfanos.

Despues de muerta su hermana, escribió á las religiosas que aquella habia gobernado, una carta que contenia ciertos avisos y reprobaciones por algunos disturbios ocurridos en la comunidad, y asimismo les dió las reglas para su conducta hasta en las cosas mas menudas. Esta carta es la que comunmente se llama la regla de San Agustín, la cual se aplicó despues á los hombres.

Ningun santo Padre ha escrito tanto como San Agustín, ni sobre materias tan diversas. Sus obras abrazan todos los puntos de la doctrina cristiana, y son uno de los manantiales mas fecundos de la ciencia teológica. Apoyándose siempre en la Santa Escritura, cuyo sentido hace resaltar con el cotejo de una multitud de pasages, subiendo en todas las cuestiones á los principios mas elevados, y exponiéndolos con una evidencia admirable y una asombrosa suma de aclaraciones, ilustra completamente todos los dogmas católicos;

cuero de su grande obispo, el que ha sido recibido por toda la cristiandad de Africa con una magnificencia y esplendor, que por sin duda no, cede en nada á la que vió Pavia hace mas de once siglos. — E. M.

manifiesta con precision lo que se debe creer acerca de cada misterio; prueba las verdades de la fé con una serie de argumentos irresistibles; desbarata los sofismas de los hereges; y refuta ó previene todas las objeciones. Los principales caracteres que se notan en sus escritos, son una gran claridad de ideas y expresiones, una dialéctica convincente y vigorosa, una fecundidad inagotable de pensamientos, miras vastas y sublimes, una uncion tierna, una erudicion prodigiosa y sobre todo una perfecta inteligencia de la religion y de las Santas Escrituras. Su estilo en general claro, noble, vivo y brillante presenta algunos rastros del mal gusto de su siglo; pero la riqueza del fondo apenas deja descubrir estas ligeras imperfecciones en la forma, y nadie piensa en detenerse á repararlas; tal es la fuerza con que le arrastran involuntariamente la grandeza, enlace y profundidad de los pensamientos.

La edicion mas completa y mas correcta que se ha hecho de las obras de San Agustín, es la que publicaron los benedictinos. El primer tomo comprende las que compuso el santo doctor antes de ser sacerdote, con los dos libros de las Retracciones, que son como el prólogo ó la introduccion de aquella inmensa coleccion. Van unidas tambien las Confesiones, ese libro lleno de uncion y de candor que pinta perfectamente el corazon del santo, y que bastaria por sí solo para dar una idea de su ingenio. El segundo volumen contiene las cartas dispuestas por el órden cronológico; llegan á doscientas setenta, y la mayor parte son verdaderos tratados sobre diversas cuestiones de dogma, de moral ó de disciplina. El tercer tomo contiene los tratados sobre la Santa Escritura; el cuarto la explicacion de los Salmos; el quinto los sermones; el sexto los tratados dogmáticos sobre diferentes asuntos; el sétimo el tratado de la Ciudad de Dios; el octavo los escritos contra los judíos, maniqueos y arrianos; el noveno los escritos contra los donatistas; y últimamente el décimo los escritos contra los pelagianos. Por justa y brillante que haya sido la reputacion que le adquirieron á San Agustín su talento y virtudes, no ha podido con todo librarse de las censuras temerarias de algunos críticos protestantes. No entramos aquí en el examen y pormenores de las acusaciones dirigidas contra él. Descúbrase siempre en ellas la preocupacion, á veces la ignorancia y la mala fé; y por esta razon no necesitan ó no merecen refutarse. De este modo, el sociniano Leclerc atribuye á orgullo el libro admirable de las Confesiones, que revela una alma tan humilde y sencilla, tanta abnegacion de sí mismo y tanto amor á la verdad. Beau-sobre llega al punto de afirmar que San Agustín comprendió mal y refirió de un modo inexacto los errores de los maniqueos, cuando habia vivido entre ellos, abrazado su secta, leído sus escritos, y conferenciado con los principales doctores. ¿Qué se ha de contestar á una crítica tan presuntuosa?

La doctrina de San Agustín sobre la gracia ha dado lugar á mu-

chas disputas. Fué combatida casi inmediatamente despues de su muerte por los semi-pelagianos, que para hacerla odiosa esparcieron por las Galias varios artículos ó proposiciones chocantes, que representaban como el resumen ó como consecuencias de aquella doctrina. Reductanse tales proposiciones á decir que Dios no quiere la salvacion de todos los hombres: que Jesucristo no murió por todos: que el mayor número han sido predestinados á la condenacion, y en consecuencia se ven en la necesidad de pecar, y en la impotencia de obrar su salvacion: en fin, que el hombre no goza del libre albedrío, y que Dios es el autor del pecado. A estas impugnationes respondió San Próspero; y el Papa San Celestino por su parte, defendió la memoria y la doctrina de San Agustín, en una carta dirigida el año 431 á los obispos de las Galias. "Agustín, les decia, ha estado siempre en nuestra communion, y jamas ha sido tachado de la menor sospecha. Su ciencia era tal, que mis predecesores le contaban entre los principales doctores. Debeis, pues, oponeros é imponer silencio á los que se atreven á combatir su memoria." A esta carta acompañaban nueve artículos sobre el pecado original y sobre la gracia; sacados de las cartas del Papa San Inocencio y del Papa Zósimo, ó de los concilios de Cartago y de Milevis. Estos artículos dicen que todos los hombres han perdido la inocencia original y necesitan la gracia para levantarse: que todos nacen manchados con la culpa y sujetos al imperio del demonio; que aun despues de la regeneracion obrada por el bautismo, nadie puede vencer las tentaciones ni valerse del libre albedrío para obrar el bien, sin los auxilios de la gracia; que todos los descos piadosos, los pensamientos santos, los buenos movimientos de la voluntad, todas las buenas obras y los méritos de los santos vienen de Dios: que su gracia no solo sirve para la remision de los pecados, ó para darnos la inteligencia de la ley, ó para facilitarnos su cumplimiento; sino que es absolutamente necesaria para obrar el bien, y en fin, que esta necesidad se halla probada claramente en todas las oraciones que dirige la Iglesia á Dios. A lo último se leen estas palabras: "Hay, pues, que confesar que la gracia previene los méritos del hombre: que no quita el libre albedrío; antes le liberta, le corrige y le sana. Dios obra en nosotros el querer y el hacer, pero nosotros no permanecemos pasivos y cooperamos á su gracia. En cuanto á las demas cuestiones mas profundas que han discutido los autores que han impugnado á los hereges, no necesitamos tratarlas: nos basta haber declarado lo que pertenece á la fé católica." Por estas últimas palabras y por los artículos que preceden, se ve que dejando intactos los dogmas definidos por la Iglesia sobre la libertad y sobre la necesidad de la gracia, los sistemas que llevan por objeto explicar estos dogmas, no presentan mas que opiniones arbitrarias. Aun cuando estuviéramos seguros de conocer los verdaderos sentimientos de San Agustín en este punto, no se les podria dar una certeza y autoridad

que no entraba en su intencion. Su doctrina sobre los puntos expuestos á confirmacion de la carta del Papa San Celestino, ha venido á ser la doctrina de la Iglesia: las demas cuestiones quedan abandonadas á la ilustre discusion de las escuelas. Por lo demas, los muchos pasages que hemos citado de los escritos de San Agustín contra los pelagianos, nos dispensan de añadir nada en este lugar para combatir las absurdas pretensiones de los protestantes y de los jansenistas, que han invocado la autoridad de su nombre y de sus obras en apoyo de sus sistemas fatalistas sobre la predestinacion y la gracia. Déjase conocer cuán ridiculo es atribuir un sistema de necesidad ó de fatalismo, de cualquiera modo que se entienda, á un doctor que compuso expresamente un libro sobre el libre albedrío, para demostrar no solo que el hombre está dotado de él, sino que por ese medio únicamente es capaz de mérito ó demérito.

Murió San Paulino de Nola un año despues que San Agustín, el 22 de Junio del de 431: tenia cerca de setenta y ocho de edad cuando le acometió un dolor de costado que desde luego puso en inminente riesgo su vida. Conociendo él mismo que se acercaba su última hora, mandó que le llevasen delante de la esma los vasos sagrados, y con algunos obispos que habian ido á visitarle, ofreció el santo sacrificio para recomendar á Dios su alma. En seguida reconcilió á todos aquellos á quienes se habia visto precisado á castigar con censuras eclesiásticas. De allí á poco se le oyó gemir en alta voz. "¿Dónde están mis hermanos?" Y señalándole los obispos que estaban presentes, dijo que no hablaba de ellos, sino de San Genaro y San Martin, que se le habian aparecido prometiéndole que volverian pronto á buscarle. Llegó entonces Postumiano, sacerdote de su Iglesia, á advertirle que se debian carenta sueldos de oro por unos vestidos distribuidos á los pobres. "No os dé cuidado, respondió San Paulino: ya se encontrará alguno que pague esa deuda." Con efecto, á corto rato llegó un sacerdote de la Lucania, que le traia de parte de un obispo, un donativo de cincuenta sueldos de oro.

Por la noche, despues de haber dormido unas cuantas horas, sintió el santo que se aumentaba su mal; lo que no le impidió para despertar al amanecer á todos los asistentes y rezar el oficio como de ordinario. Dirigió despues algunas exhortaciones á su clero y permaneció en silencio el resto del dia. Hacia las diez de la noche se conmovió violentamente su celda como si hubiera temblor de tierra, sin que por la parte de afuera se advirtiese nada. Los asistentes asustados se postaron para orar; y cuando se levantaron San Paulino habia entregado ya su alma. Su rostro y todo su cuerpo aparecieron entonces con una blancura resplandeciente. El duelo en su funeral fué universal: aun los paganos manifestaron su profundo dolor rasgando sus vestiduras. Escribió las circunstancias de su muerte el presbitero Uranio, que le asistió en la última hora:

San Paulino dejó diversos escritos llenos de unción y notables por la pureza y elegancia de su estilo. Nos quedan cincuenta y dos cartas suyas, y treinta y dos composiciones poéticas, quince de ellas en alabanza de San Félix mártir.

Por este mismo tiempo murió San Alejandro, fundador del instituto de los acemetas. Era natural del Asia menor y de noble familia, y despues de haber desempeñado algunos años un empleo en la corte, repartió sus bienes entre los pobres y pasó á Siria, donde abrazó la vida monacal. Habiéndose retirado luego al desierto, convirtió á muchos paganos de una ciudad inmediata, y entre otros al gobernador llamado Rábula, que á ejemplo de aquel distribuyó sus bienes á los pobres, se hizo anacoreta, y mas adelante fué obispo de Edesa en Mesopotamia.

Construyó San Alejandro un monasterio á orillas del rio Eufrates, y su comunidad llegó á contar muy pronto cuatrocientos monjes de diferentes naciones. Los distribuyó en varios coros, que sucediéndose unos á otros cantaban el oficio alternativamente; de modo que jamas se interrumpian en el monasterio las oraciones y la salmodia. De aquí provino el nombre de acemetas, que significa gentes que no duermen, porque siempre estaba en vela una parte de la comunidad. San Alejandro ó sus discípulos fundaron muchos monasterios semejantes en diversos parages. Como observaban la mas perfecta pobreza y no guardaban nunca provisiones para el dia siguiente, se sospechó á veces que pertenecian á la secta de los masalianos, y el mismo fundador se vió expuesto á estas sospechas. En diferentes ocasiones fué preso, ó tuvo que huir con sus monjes: al fin, murió en un monasterio que habia fundado á orillas del Ponto Euxino.



LIBRO XIII.

DESDE EL CONCILIO GENERAL DE EFESO HASTA EL PRINCIPIO DEL EUTIQUIANISMO.

DE 431 A 448.

DE dos clases fueron las sectas que impugnaron la doctrina católica en los primeros siglos: unas, partiendo de los desvarios de la filosofía oriental, apenas tenían nada comun con el cristianismo cuyo nombre usurpaban, porque desechaban la mayor parte de la Santa Escritura para apoyarse en libros apócrifos, tenían su evangelio particular, y no reconocian ni al mismo Dios, ni al mismo Cristo que los cristianos: tales fueron los gnósticos y los maniqueos, cuyos errores no eran en el fondo mas que una especie de panteismo presentado bajo diversas formas. Otras sectas, adoptando por base de sus creencias la revelacion cristiana, no dejaban, sin embargo, de alterarla en muchos puntos, y de sustituir sus opiniones particulares á la tradicion general de la Iglesia. Dedicáronse, sobre todo, estas diferentes sectas á corromper los dogmas de la Trinidad y de la Encarnacion, y esparcieron así el gérmen de las heregias y de las disputas que en lo sucesivo turbaron las Iglesias de Oriente por largo tiempo. Sabelio y otros hereges habian negado formalmente la distincion real de las Personas divinas: los gnósticos, y los maniqueos, admitiendo esta distincion, negaban al mismo tiempo la divinidad del Hijo y del Espíritu Santo, á quienes ponian entre las potestades inferiores y subordinadas, salidas por emanacion del Dios supremo, y este error se reprodujo bajo otra forma en la doctrina de Arrio, que contaba entre las criaturas al Hijo y al Espíritu Santo. En cuanto al misterio de la Encarnacion, fué desechado expresamente por los ebionitas, los teodocianos y otros varios sectarios, que miraban á Jesucristo como simple hombre y nada mas, y por los gnósticos llamados docetas, que suponian que la sabiduría divina habia iluminado al mundo, esparciendo sus luces en las almas sin unirse personalmente á la naturaleza humana. Por último, algunos impostores, entre otros Simon el mago, Dositeo, su maestro, y Menandro, su discípulo, no repararon en fingirse ellos mismos Cristo ó la sabiduría encarnada. No tardaron en desaparecer la mayor parte de estos antiguos errores: pero las discusiones que habian suscitado, originaron dos heregias nuevas y diametralmente opuestas, cuyas reliquias subsisten aún en Oriente.

La Iglesia habia creído siempre y enseñado formalmente, que en el misterio de la Encarnacion se habian unido la divinidad y la humanidad en Jesucristo, de manera que no formaban mas que una sola persona: que por consiguiente reuniendo en sí el Verbo encar-